

Incineración

Si una parte de mi cuerpo recibiera
por azar un baño de agua hirviente
entonces, en ese instante, miraría
desfilan fugazmente ante mis ojos
los antiguos caudillos fusilados
volvieron las antiguas pesadillas
el horror de la guerra y la revuelta
y mis ojos desearían ser homéricos.

Vendrían hacia mí, frescas y puras
las escenas de los muertos en la hoguera
por doquier clamarian los herejes
en busca de verdad y de justicia;
el frenesí me llevaría prontamente
a recordar los antiguos sacrificios
y vería la sangre derramada
en las piedras, altares y las plazas.

El punzante dolor me abrasaría
y no podría decir como el poeta
tan callado vienes que no te conocía
sino sus voces lastimando mis oídos
me harían ver en cada ángulo espacial
la danza suplicante del indígena
en que pide con la lengua de sus pies
que no tarde la lluvia tan preciada.

OTMUL 1000

Reto al destino

Como siempre, no pudo sentarse, hasta que ya mero llegaba
a bajar donde debía bajarse; el Metro a esas horas iba casi lleno, era
colida de las dos fábricas vecinas. Sin darse cuenta, comenzó a
lar en lo que ya hacía meses lo venía inquietando. Desde que su
hijo se casó- de eso ya habían pasado diez años- su vida al lado
Regina se había vuelto tormentosa.

Primero lo había pasado por alto, porque las visitas de Tomás
eran una relativa frecuencia; luego, cuando éstas se volvieron
periódicas, fue imposible dejar de notarlo.

Las conversaciones entre Tomás Grande- como lo llamaba su
esposa- y Regina, se fueron haciendo monólogos en que ella se
había de todo: el clima, los bajos recursos, la ausencia de Tomás
en la intimidad del sótano en que vivían, la falta de televisión no
temporales, la irrecuperación de los gastos provocados por la
de la casa, la falta de dinero para el mantenimiento de la vivienda, la
de la vida de carne que sólo podían comer un sábado sí y otro no, se
no la acompañaba a la misa, y de tantas otras cosas, que
formaban una retahíla totalmente conocida.

Tomás permanecía en silencio, observaba cómo el semblante
benigno, se iba transformando- lentamente- de un rostro casi
señal, a otro, gesticulador y gesticulante que terminaba
haciendo muecas tan severas y grotescas que llegaban a causarle algo
de miedo. Luego Regina se calmaba, recogía los platos de la
mesa y los metía en una tina de agua jabonosa, para después pasarlos
a agua limpia; en el rincón del ángulo destinado para la
tina, permanecía tirado en el suelo, un fregadero que por falta de
energía no se había puesto a funcionar.

CAPILLA ALFONSO

Reto al destino

Como siempre, no pudo sentarse, hasta que ya mero llegaba a un lugar donde debía bajarse; el Metro a esas horas iba casi lleno, era una salida de las dos fábricas vecinas. Sin darse cuenta, comenzó a hablar en lo que ya hacía meses lo venía inquietando. Desde que su hijo se casó- de eso ya habían pasado diez años- su vida al lado de Regina se había vuelto tormentosa.

Primero lo había pasado por alto, porque las visitas de Tomás eran una relativa frecuencia; luego, cuando éstas se volvieron esporádicas, fue imposible dejar de notarlo.

Las conversaciones entre Tomás Grande- como lo llamaba su esposa- y Regina, se fueron haciendo monólogos en que ella se lamentaba de todo: el clima, los bajos recursos, la ausencia de Tomás Chico, la humedad del sótano en que vivían, la falta de televisión no contratada, la irrecuperación de los gastos provocados por la celebración de bodas de Tomás Chico, el salario estancado de Tomás Grande, el incumplimiento de la manda a la Virgen de Zapopan- de la de San Juan- de la carencia de patio para tender la ropa, la falta de carne que sólo podían comer un sábado sí y otro no, de que él no la acompañaba a la misa, y de tantas otras cosas, que formaban una retahíla totalmente conocida.

Tomás permanecía en silencio, observaba cómo el semblante del niño, se iba transformando- lentamente- de un rostro casi dulce, a otro, gesticulador y gesticulante que terminaba haciendo muecas tan severas y grotescas que llegaban a causarle algo parecido al miedo. Luego Regina se calmaba, recogía los platos de la mesa y los metía en una tina de agua jabonosa, para después pasarlos a una tina de agua limpia; en el rincón del ángulo destinado para la lavadora, permanecía tirado en el suelo, un fregadero que por falta de mantenimiento no se había puesto a funcionar.

Al paso del tiempo, sin saber el motivo, sería por la tristeza de su hijo ausente, o tal vez, esa rutina que hoy le ahogaba a él mismo. Regina dejó de hablar; al principio lo tomó como un alivio, realmente favorecía la relación; pero luego, día tras día, ese mismo silencio prolongado, se fue convirtiendo en un rey que imperaba en su hogar. Los transformaba en dos perfectos desconocidos, cuya única coincidencia era que habitaban la misma casa.

Sí, ahora Tomás se daba cuenta, ese silencio era más angustioso, humillante e insoportable que aquellos largos monólogos de Regina con que cada noche lo recibía al llegar del trabajo. Ese silencio había llegado a constituir un puente por el cual ninguno de los dos cruzaría, el único soporte que podría salvarlos sería Tomás, más él, jamás volvería con ellos.

Tomó asiento maquinalmente, ya mucha gente había bajado en otras paradas, se limpió bruscamente el sudor de la frente con un pañuelo desechable, y, repentinamente sintió el vehemente deseo de que esa noche, sólo esa noche, las cosas cambiaran, que no tuviera que llegar a una casa donde el fantasma de una mujer lo esperaba, le serviría la cena y se acostaba sin articular palabra; no quería comenzar otra mañana en la que se arreglaba para irse a la fábrica y ella le entregaba el lonche envuelto en una servilleta dentro de una bolsa siempre idéntica a la de los días anteriores. No quería volver a empezar ese trabajo agotador de revisar una y otra vez los tornos y luego sentarse a revisar cada pieza elaborada para separar las defectuosas.

No; por primera vez se sintió seguro de una cosa: hoy debería sucederle algo nuevo, algo que rompiera la monotonía acumulada año tras año, durante más de un lustro, y, como si alguien, en respuesta, a su ansiedad le enviara una novedad, un hombre se acercó a él y le pidió un fósforo. En ese momento se arrepintió de no fumar, pero ni ese lujo podía darse por lo que con pena confesó al desconocido que no traía fósforos. El hombre le sonrió y le dijo: -Dichoso usted que no lo esclaviza el vicio. Tomás era de pocas palabras, pero en esta ocasión vio la oportunidad que esperaba para que esta noche fuese especial y se atrevió a murmurar: -Se equivoca, yo soy esclavo de la rutina.

No volvieron a cruzar palabra, mas cuando bajó Tomás del Metro, el desconocido lo hizo también y lo siguió de cerca hasta su casa. Tomás sacó la llave de la puerta del pasillo que conducía al sótano donde vivían él y su esposa; antes de subir, volteó hacia atrás y le preguntó: -Gusta entrar, un café nos caerá bien, comienza a enfriar. El desconocido no contestó, se acercó con cierta confianza y le regaló otra sonrisa.

Regina se estremeció al escuchar dos pares de pasos bajando la escalera y más, cuando vio a su marido acompañado de un desconocido. Se levantó sobresaltada, su esposo no era amigüero, eran cerca de las once de la noche; sin mencionar palabra se encaminó hacia la estufa y colocó sobre la hornilla, el agua para el café instantáneo, en la otra, el jarro de los frijoles.

El extraño se sentó en una de las dos únicas sillas situadas junto a la mesa y preguntó a Tomás: -¿Es tu esposa? Tomás asintió con la cabeza.

Después de tomar el café, Tomás esperaba inútilmente que el visitante se fuera, pero éste no se iba. Regina lavaba los platos con evidente nerviosismo.

Tomás dijo como para sí mismo: -Mañana hay que levantarse temprano, la fábrica queda lejos y hay que caminar cuatro cuadras para tomar el Metro, y luego diez más, de donde nos veja. Esta fa- se ha hecho mi eterna compañera.

El extraño permanecía en silencio sin dejar de mirarla; soslayo a Regina; ésta parecía perturbada, metía mecánicamente tazas a la tina de agua jabonosa, las enjuagaba en la de agua limpia y volvía a meterlas en jabón con un ritmo que fue aumentando de velocidad y ruido; Tomás observó al desconocido y siguió el rumb de su mirada para topar con los movimientos robotizados de Regina; sintió una angustia opresora al descubrir su intimidad a un extraño tomando un machete que colgaba de un gancho pegado a la pared; propina un golpe que lo deja inerte, instantáneamente.

Al escuchar el golpe, Regina volteo y sonrió a su marido, se da cuenta que acaban de liberarse de su silencio ancestral, ella abraza y le dice: -Yo iré a verte a la cárcel, cuando no pueda te envío cartas, siempre estaré contigo, saldrás pronto, Tomás Chico ayúdame ya lo verás,- y le besa la frente, los ojos, las manos. Tomás comprende que también ella estaba harta de la rutina y, respondiendo a las caricias, le susurra: -Sí, Regina, ya todo será diferente, desde ahora nada será igual.

En efecto, Tomás ya no tuvo que asistir cotidianamente a la fábrica, ni volver a casa cansado, donde lo esperaba la silenciosa Regina; ahora en la celda presidiaria hacía intentos de comunicación y se pasaba el tiempo hablando de su familia y contestando las cartas de Regina. Ésta le llamaba al crimen, "aquello" y, sin lugar a dudas, había partido aguas, porque le contaba muchas cosas de antes y muchas otras de después, de "aquello".

La pareja se había reencontrado y ahora sabían que, como habían dicho al casarse, sólo la muerte podría separarlos.

La Kermesse

De eso hace ya varios años, pero podría contarlo como si hubiese acontecido hoy; Leticia tenía un rostro difícil de olvidar y además, una sensibilidad que cautivaba a quienes la conocíamos.

Recuerdo que llegamos juntos a la kermesse, ella por ver si se encontraba con Mario; yo, con la intención de tropezar con Sofía. Pasé por Lety a la hora que habíamos quedado, ambos queríamos darles celos a los que nos traían de un ala.

Primero jugamos a la tómbola, ella se sacó un moño rojo y yo, una cajetilla de cigarros; luego nos subimos a la rueda de la fortuna, precisamente, cuando bajábamos de la góndola, ella divisó a Mario que venía con otros dos amigos. Lety festejó que estaba sólo, es decir, sin otra chica. Nos acercamos a ellos y los saludamos; uno de ellos dijo que Mario buscaba a Sofía para casarse con ella, Lety palideció, y yo salí al desquite: ¡Qué coincidencia! Nosotros también vamos hacerlo; Lety comprendió mi apoyo, sonrió y me tomó del brazo como para que no quedara duda alguna. Mario sabía cuánto le admiraba Lety, y groseramente, propuso: Si no encuentro a Sofía, quiero hacerlo contigo, no te me pierdas, porque parece que el puesto de los casamientos ya lo van a cerrar. Lety ni siquiera se mostró ofendida, por el contrario, contestó: -Lo que tú digas, Mario. Yo me molesté mucho, ellos se alejaron como si nada y Lety, soltándome del brazo, exclamó: Que no la encuentre, José, que no la encuentre.

Caminamos sin rumbo, los dos guardando silencio; ella, seguramente, orando para que se cumpliera su deseo; yo iba pensando en cómo Sofía no me quería así, pero comprendí que el vivir parece constante inconformismo, y que sólo podemos pretender alejarnos un poco de la inconformidad.

Sin darnos cuenta nos aproximamos al puesto de casamientos; en efecto, la joven que vendía los falsos anillos, estaba recogiendo sus cosas; Lety se acercó gritándole: No cierre un momento viene mi novio para que nos casen; lo dijo con seriedad, yo pensé que estaba fingiendo. A los pocos minutos Mario con sus dos amigos. Lety se veía feliz; por lo visto, había encontrado a Sofía, quizás por lo grande del lugar y la cantidad de gente que se movía entre juegos, puestos y fritas; Mario compró los anillos y tomando de la mano a Lety la llevó al joven que fungía como juez civil. Éste, leyó la epístola de Ocampo al final les dijo: -Quedan unidos hasta que la muerte los separe.

Después nos fuimos a comprar refrescos y con conocidos tropezamos, Lety les mostraba su anillo de comentándoles que Mario y ella se habían casado; éste no hablaba al parecer, todavía buscaba a Sofía; en varias ocasiones observé mientras Lety intentaba tomarlo del brazo, él procuraba mantener un poco apartado.

En el momento en que rodeábamos el círculo de mesas se jugaba la lotería, en sentido contrario, venía Sofía acompañada Luisa, su prima, y, en cuanto Mario la vio, le gritó: Ven Sofía, divorciar me de Lety para casarme contigo; Sofía le respondió: Bueno, Mario, pero antes tráenos unos refrescos que tenemos calor.

El semblante de Lety se había descompuesto, cualquiera lo notó. La tomó del brazo y la condujo al puesto de divorcios.

Aquí todo era alegría, enfrente estaba el de los casamientos y algunos muchachos llevaban a fuerza a otro que no quería casarse con alguna joven, otros tarareaban, entre risas, la marcha nupcial reconstruída: Ya se casó, ya se amoló; a lavar trastos y a cuidar bebés; algunas parejas pasaban de ese puesto, directamente, al de los divorcios; todo era divertido además se trataba de pasarla bien y a la vez, conseguir fondos para la ampliación que requería el templo de la colonia.

Repentinamente sobresalió la voz de Lety, quien entre sollozos le decía a Mario: -No, Mario, tú y yo no podemos divorciarnos, el juez dijo que quedamos unidos hasta que la muerte nos separe; Mario la jaloneó y le explicó -algo alterado- que todo era broma; entonces, enseñándole el anillo, ella le dijo: -Tú lo compraste y me lo regalaste, éste es el símbolo de nuestra unión, estamos unidos para siempre.

Luego Mario, soltando una hiriente carcajada, exclamó: -Te has vuelto loca, ni con Sofía quiero casarme en serio, menos contigo. Lety se fue con el rostro bañado en lágrimas y yo le reclamé a Mario su proceder; él me respondió un poco sorprendido: -Acaso tú también te has vuelto loco, cástate con ella, así, formarán la pareja perfecta.

Apenas lo escuché y me lancé a la calle a buscar a Lety, pero no la hallé; me fui a mi casa, de aquí la llamé por teléfono, no me contestaron; me puse nervioso, recordaba sus palabras, su seriedad, sus lágrimas; un escalofrío recorría mi cuerpo al pensar que podría cometer una locura. Regresé a la kermesse, la mayor parte de los puesteros ya estaban cerrando o terminando sus ventas; me dirigí rumbo a la lotería, ahí estaba Mario platicando con Sofía; les pedí que me ayudaran a buscar a Lety, ellos no quisieron, cuando les confesé mi presentimiento, Mario opinó que ella era un niña caprichosa y que tendría que comprender que lo del casorio fue ficticio.

Me alejé aún más nervioso, decidí ir a su casa y permanecer cerca por ver si llegaba. Estuve recargado en un arbotante por más de una hora, ella no aparecía; en el instante que me moví para volverla llamar por teléfono, ahora de uno público por más cercano, cuando escuché la detonación. Espantado corrí hacia su puerta, timbré alucinado, no podía separar mi dedo del botón que presionaba. Comencé a gritar por doquier, algunos vecinos, temerosos, asomados sus rostros con cautela, seguramente también habían escuchado el disparo, uno de ellos debió avisar a la policía porque estábamos detrás de ellos, como que los hubieran llamado, llegaron los papás de Lety, volvían de una cena del club al que pertenecían. Se bajaron presurosos del carro y me preguntaron qué pasaba, creían que se trataba de un ladrón; la madre de Lety me preguntó por ella y reflejó angustia en su rostro. Yo le explicaba lo de la Kermesse, cuando la policía le contaba al padre de Lety que habían venido porque un vecino les llamó para informarles que de su casa habían disparado. El señor abrió la puerta y subió a la recámara de su hija, él la encontró muerta sobre la cama, la bala había atravesado su cabeza, esa cabeza que no pudo separar el juego de la realidad. Cerca de su cuerpo quedaba una nota que decía: Adiós, Mario querido, me voy para divorciarnos. Tu esposa, Lety.

Hubo quién opinó que lo hizo porque sus padres no le habían cumplido algún capricho; que éstos la habían regañado porque de sus calificaciones en la escuela, opinaron otros; incluso, alguno comentó que tenía una enfermedad incurable, pero yo sé, que como la niña de Martí, ella se murió de amor.

El monje loco

La noticia de que mi amigo Félix se fue de franciscano, me tomó de sorpresa. Félix era un joven despreocupado, alegre, duro para los estudios y un gran maestro para mentir. En alguna ocasión en son de broma, le había preguntado el porqué de sus mentiras y él me respondió que lo hacía para hacer felices a los demás y, a veces, para evitar problemas mayores o largas explicaciones. Recuerdo, que como yo le llevaba cuatro años y lo consideraba un hermano menor, le solté una retahíla de reconvenciones acerca de su actitud deshonesta. Por su parte, Félix no dejó de sonreír con esa sonrisa que cautivaba a las compañeras de la escuela, y que a mí, me resultaba tan difícil de imitar.

Lo más sorprendente de la noticia, era que a mí no me lo había contado; cierto que en los últimos meses nos veíamos poco, yo pasaba la mayor parte del día en la imprenta que mi padre había instalado en la cochera de la casa; además, Félix llevaba asesorías de las materias que no había aprobado en los exámenes ordinarios; así que quizá ésta fue la razón, o tal vez el conocimiento de que yo no creería en la certeza de su decisión.

Cuando lo escuché de labios de Carmina, no pude menos que disimular mi sorpresa, fingí saberlo y me dolió, porque al hacerlo, caía en la negativa afición de mi amigo que tanto criticaba; acaso lo hice, para evitar explicaciones porqué no lo sabía, o bien, pensando que los demás no podrían creer que yo lo ignoraba.

Pasaron varios años y nunca supe más de Félix, mi carácter se volvió más sobrio al perder el amigo que lograba embromarme.

Al terminar la carrera de medicina, quise especializarme en Psicología, al concluir este estudio, me casé con E'sa, quien era trabajadora social y a quien conocí, primero como médico, después como hombre.

Algunos años más tarde, quise instalar mi consultorio en casa, ésta permanecía casi siempre sola debido a que los dos trabajábamos; para ello fue necesario mudarnos ya que necesitábamos de mayor espacio. Encontramos una cómoda casa según nuestros requerimientos en una de las colonias del sureste de la ciudad. En esa nueva colonia, al menos para nosotros, Elisa hizo mucha amistad con algunas de sus vecinas y por ellas se enteró de la existencia del monje loco. Cuando Elisa me contó sobre el vagabundo que vestido de monje hacía reír a chicos y a grandes pero que también a veces, hacía llorar por su semblante patético al caminar vacilante, sentí una gran pena.

Elisa fue la primera que lo vio, le llamó mucho la atención, el hecho de que pese a sus ropas raídas y sucias, su rostro se mostraba limpio y sus manos también. Me lo descubrió como un hombre de edad incierta, algo encorvado, esto confundía la medida de su altura, su semblante evocaba los rostros altivos, pero tristes, de los antiguos patriarcas. El interés de mi mujer para conocer su pasado, me incitó a querer conocerlo, para en él aplicar mis análisis y llegar a corroborar mi teoría de las causas y efectos.

Fue un domingo, cuando lo vi por vez primera, se encontraba al pie de los escalones que conducían al atrio de la iglesia a la que acudía Elisa a la misa de once; en esa ocasión yo la acompañé al profeso. El pobre monje estiraba la mano para pedir una limosna, mayoría lo ignoraba; algunos niños de los cuales recibía burlas e insultos cuando venían en parvada, hoy lo miraban con indiferencia y desgano para evitarse la reprimenda de sus padres.

No sé porqué al verlo, sentí la extraña sensación de que algo inexplicable me unía a aquel individuo y sin quererlo me estremecí; Elisa advirtió mi estado de ánimo y se atrevió a preguntarme: -¿Por qué tiembblas? Tan sólo es un pobre hombre... y, por primera vez, no pude contestarle nada, yo, que siempre tenía la palabra correcta y la respuesta indicada- o al menos, así pensábamos muchos de los que estudiamos Psicología- en ese momento no tuve ninguna.

Elisa abrió su monedero en busca de una moneda, pero yo, apretándole el brazo, la obligué a entrar rápidamente al templo. Cuando salimos, al término de la misa, ya no estaba; ahora, una sensación de alivio, duplicó mi extrañeza. En la casa, Elisa puso en orden unos papeles de su trabajo, mientras, yo me senté a pensar en el monje loco. Primero se me figuraba verlo como paciente: tirado en el diván, contándome su vida, y yo, tratando de escudriñar su pasado, para explicar su presente; luego, lo empecé a ver como un fantasma que aparecía y desaparecía con una rapidez vertiginosa y comencé a toparme con sus ojos tristes pero hermosos, que me recordaban algo o a alguien, indefinidos.

Por la mañana, Elisa avisó que se quedaría a comer con una compañera que cumplía años, entonces, salí a la calle para caminar un poco y comer cualquier cosa en algún restaurante. Más tarde, sin saber cómo me hallé sentado en el primer escalón del atrio de la iglesia, me disponía a encender un cigarrillo, de vez en cuando lo hacía por distracción, cuando sentí pasos detrás de mí y escuché una voz que me decía: -Ése es mi lugar. Volví el rostro para saber de quién se trataba y vi junto a mí al monje loco; me levanté y sin haberlo meditado, me atreví a proponerle: -No sé porqué, pero me gustaría

ayudarlo, soy psicólogo, quizá podría hacer algo por usted. Me llamo... callé porque al mirar sus ojos, los vi nublados y a punto de llorar; en esos momentos me sentí desarmado, pronuncié un olvido con la mayor dulzura con que me he expresado en mi vida, y cuando caminé hacia la calle, escuché que con voz segura y serena me dijo: No hace falta conocer su nombre, yo conozco el corazón de muchos hombres y el suyo no puede ser tan diferente; sé de las alegrías y los sinsabores, de las ilusiones hilvanadas y rotas, de los gozados nacidos y muertos, de los bienes tenidos y perdidos... Se interrumpió para secar sus ojos con un pañuelo, inesperadamente, limpio; me devolvió, y como que fuera otro y no yo, me vi sentarme junto a él y escuché decirle cosas que antes nunca había pronunciado. Después se despидió explicándome que era la hora de la oración con la que rompía su ayuno, pero que si quería encontrarlo, todas las tardes acudía a ese lugar, salvo los lunes.

Cuando regresé a la casa, Elisa aún no volvía; me sentí extrañamente reconfortado, era como si al querer consolarme, el consuelo hubiese regresado a su lugar de origen. Hablar con ese hombre me había hecho bien, claro que hube de dar la razón a Elisa, pero cuanto al contraste que existía entre la limpieza de su rostro y de sus manos, y el desaseo de sus ropas raídas e incoloras. Dejé volar mi imaginación y lo veía con un traje civil, bien peinado, despidiendo una fragancia grata y fresca, sonriente y sin perder ese aire compasivo de su rostro, perceptible sólo por aquéllos que osaban acercarse bastante a su persona; de lejos, era fácil que despertara en algunos cierta compasión, y en los más, un frío desprecio por considerarlo un fracasado y un inútil. Luego, lo veía sentarse en una silla "de fiscal" como la llamaba Elisa, y era yo el que aparecía recostado en el diván, hablando en voz alta como mis pacientes, y él escuchaba con atención y respetuosamente; entonces, su rostro reflejaba un poder de comprensión que jamás supuse que alguien fuera capaz de poseer, menos de mostrar.

En ese momento, oí sonar el timbre de la casa, sonido que cortó el hilo de mis visiones ficticias para volverme bruscamente a la realidad. Caminé a la puerta principal y cuál sería mi sorpresa, al mirar que quien tocaba era el monje. Abrí y le invité a pasar, ahora pienso, que si no lo hubiera hecho, la vida se me hubiera hecho corta para arrepentirme. Él pasó y se sentó en un taburete que teníamos en el recibidor. La sorpresa aún anidaba en mi rostro; después de un largo silencio, comenzó a decir: -Se preguntará cómo he sabido la dirección de su casa y qué me ha impulsado a realizar esta visita. No respondí, como buen psicólogo, siempre dejo que los demás hablen para conocerlos mejor. El prosiguió: Pues bien, lo he seguido; y he venido a verle porque padezco de un mal incurable que pronto me llevará a la tumba. Hizo una pausa que no supe si fue para dar margen a que yo lo interrogara, mas continué callado; entonces, él comenzó su historia empleando un timbre de voz que parecía venir de más lejos y de otro tiempo: -Hace años yo fui un joven alegre e irresponsable como muchos hoy en día, de todo hacía broma y de todo me burlaba, hasta que llegó un día en que muerto me soñé y me encontré totalmente vacío, sin nada que ofrecer ni qué explicar a Aquél que todo lo sabe y todo está bajo su dominio, entonces cambié el rumbo de mis pasos y me fui de franciscano; hizo una pausa que yo aproveché para respirar, estaba frente a Félix, aquel amigo con quien tanto compartí y del que tantos años no tuve noticia alguna; él comprendió que lo había reconocido, y me sonrió con aquella sonrisa de antaño que tanto admiraban las compañeras.

La emoción me impedía hablar y él continuó con su relato: -Sí, soy Félix, ahora lo sabes y te pido que lo calles, hay muchos pecadores que se han vuelto santos, mi camino ha sido inverso, yo quise hacerme santo y después he olvidado la pureza y las virtudes que nos acercan a Dios: fe, esperanza y caridad; ahora he caído en vicios y blasfemias, esta enfermedad es un pequeño castigo para lo que merezco; ¿Sabes?